



Portada: Foto Luis Mejía

ÍCONOS

REVISTA DE
FLACSO - ECUADOR

Nº 5. - Agosto, 1998

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR
ARQ. FERNANDO CARRION

EDITOR ICONOS
FELIPE BURBANO DE LARA

CO-EDITOR ICONOS
SEBASTIAN MANTILLA BACA

CONCEJO EDITORIAL

HANS ULRICH BUNGER
FERNANDO CARRION
MARIA FERNANDA ESPINOSA
CORNELIO MARCHAN
FELIPE BURBANO DE LARA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR
DISEÑO: K&T Editores Gráficos
IMPRESION: Edimpres S.A.

FLACSO ECUADOR

Dirección: Av. Ulpiano

Páez 118 y Patria

Telf: 232-029 / 232-030 /

232-031 / 232-032

Fax: 566-139

E-Mail: coords2@hoy.net

ICONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

INDICE

COYUNTURA

La reforma de la institucionalidad social en el Ecuador **4**
DANIEL BADILLO Y JULIO ECHEVERRIA

Límites y alcances del regionalismo **14**
FELIPE BURBANO



Las negociaciones Ecuador-Perú: ¿luz al final del túnel? **21**
ADRIAN BONILLA

La amazonía ecuatoriana: colonia interna **28**
MARIA FERNANDA ESPINOSA

Para vivir la diversidad **35**
RAMON TORRES GALARZA

ACTUALIDAD

La muerte del animador o el día de la bestia **40**
MARCIA CEVALLOS

La autorregulación del periodismo: un reto impostergable **48**
JOSE LUIS EXENI

IDENTIDAD

Los sirio-libaneses en el espacio social ecuatoriano **62**
MONICA ALMEIDA

Entre el estereotipo y la realidad **84**
HERNAN REYES



¡No hay razones para dudar ser longo! **96**
SALOMON CUESTA

DIALOGOS

Discurso, poder e ideología: entrevista a Teun van Dijk **106**
SEBASTIAN MANTILLA

FRONTERAS

Octavio Paz: erotismo y amor **114**
CARLOS ARCOS C.

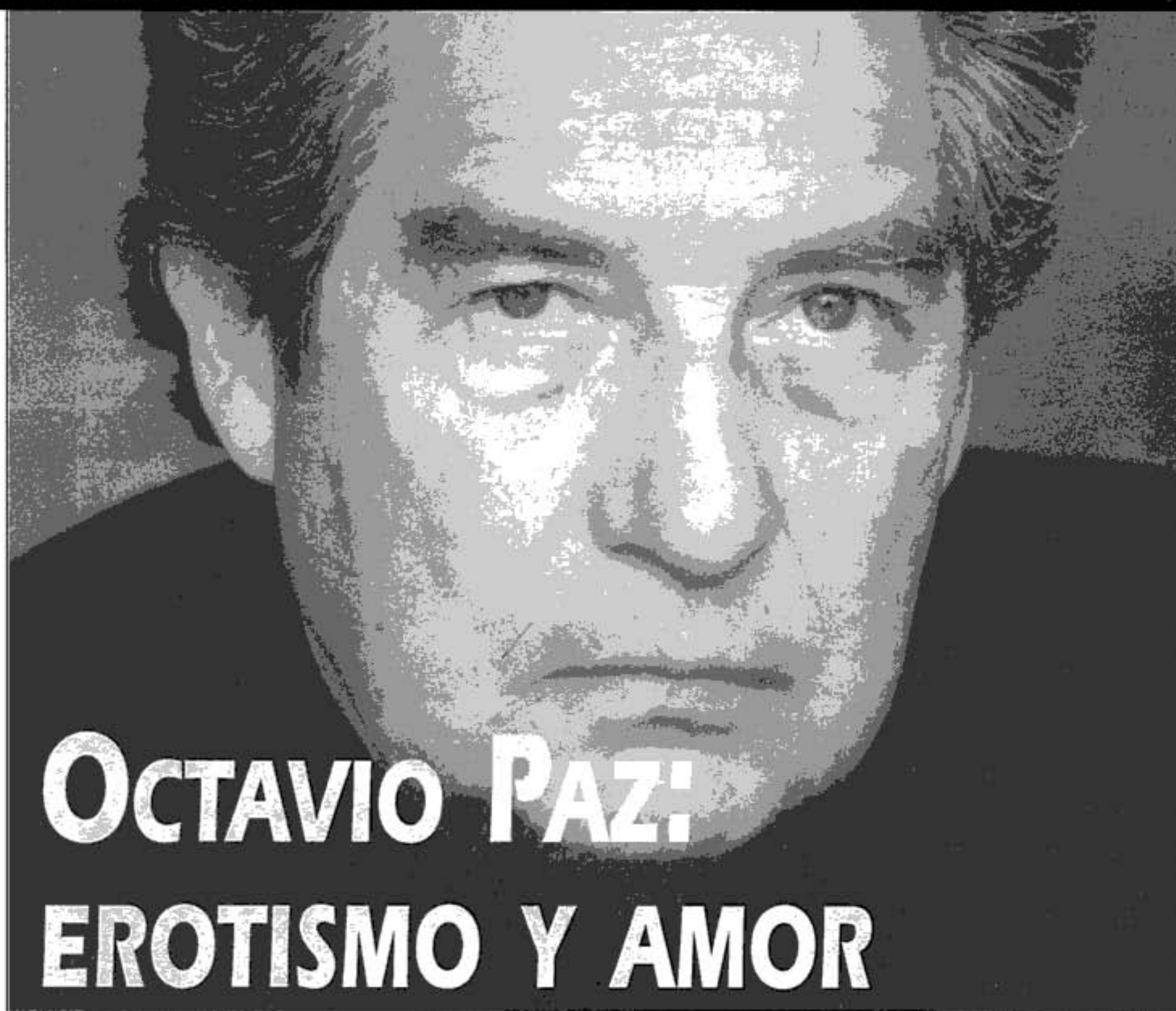
¿Quién le teme a Octavio Paz? **119**
MARIA L. MARTINEZ

ENSAYO

El umbral. Bataille y la experiencia del límite **122**
GALO CEVALLOS

RESEÑAS

Reseñas bibliográficas: **140**
- Historia del siglo XX
- Pugna de poderes. Análisis crítico del sistema político ecuatoriano
- La otra cultura: imaginarios, mestizaje y modernización
- El fantasma del populismo



OCTAVIO PAZ:

EROTISMO Y AMOR

Por Carlos Arcos Cabrera
Escritor, sociólogo y periodista

De la obra de Octavio Paz me atrae aún con singular fuerza *El laberinto de la soledad*; me decepcionó *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fé*, obra demasiado cargada de tintas hacia un intento de comprensión psicoanalítica de tan extraordinaria poeta. Me entusiasmaron dos libros de ensayos, *Los hijos del limo* que considero una de las más lúcidas interpretaciones de la modernidad y su irremediable crisis y *El ogro filantrópico*. Me gusta más como ensayista que como poeta y lo digo a pesar de que suene a herejía y de que algunos de sus poemas de *Piedra de Sol*. En *El laberinto de la soledad*, el lector andino es confrontado, con una fuerza que no he encontrado en otros libros - la excepción tal vez sea *La conquista de América* de Tzvetan Todorov - hasta el conflicto cultural que está en el centro mismo de su identidad colectiva y por fuerza, en su identidad individual. Y me refiero al lector andino debido a que el entramado de las sociedades andinas, tiene mu-

Octavio Paz es uno de los pocos pensadores latinoamericanos que dedicó una parte significativa de su obra a la reflexión sobre el erotismo

cho en común con el de la sociedad mexicana. Para las dos, la conquista implicó el choque brutal entre dos cosmovisiones que marcaron a las realidades sociales y a los hombres y mujeres que de allí emergieron. *Somos hijos de la Malinche*. A pesar de la importancia capital de ésta obra de Paz, tuvo limitada incidencia en la producción intelectual de las décadas siguientes y en particular en contribuir para encontrar las claves de la historia de América Latina y a la singularidad de las sociedades indio mestizas. La

La apasionada lucidez de *El laberinto de la soledad*, llegó sólo de refilón a los cenáculos de la reflexión latinoamericana considerada, así misma, como crítica. Fue mirada con algo con la suspicacia, con la sospecha de su origen: en primer lugar, un poeta y en segundo lugar, un hombre que había tenido, desde muy temprano, los años 50, la osadía de criticar los totalitarismos socialistas y sus burocracias. Uno y otro constituyeron por un largo período la fuente de inspiración de la intelectualidad de América Latina.

En *El ogro filantrópico*, publicado en 1979, reproduce artículos publicados en diversos medios, en que exponía sus puntos de vista sobre el socialismo real y sus burocracias, sobre el lado más perverso del capitalismo, sobre el Estado y la democracia, la libertad política y la libertad individual, si bien en muchos casos referida a México, el transfondo es una reflexión universal que abarca el destino del hombre. Por lo general, artículos polémicos que fueron como "rayo en cielo sereno" en el marco de un mundo intelectual y académico dominado por el marxismo, especialmente en México. "La pregunta sobre la naturaleza del Estado es la pregunta central de nuestra época" afirmaba entonces. En realidad la pregunta iba más allá, se dirigía hacia la naturaleza del poder y de las relaciones entre los hombres. De allí que junto a sus reflexiones sobre el Gulag soviético, la dictadura militar en Chile (*Los centuriones de Santiago*) la relación entre los escritores y el poder, encontremos un análisis sobre Charles Fourier y su utopía erótica. *El nuevo mundo amoroso*, publicada en Francia y luego traducida y publicada en México por la editorial Siglo XXI y, otro artículo *La mesa y el lecho*.

Escrito en 1971, *La mesa y el lecho* marca un hito en la obra de Octavio Paz en torno a un tema que recorrerá tanto su obra poética, como sus ensayos: el erotismo. Octavio Paz es uno de los pocos pensadores latinoamericanos que dedicó una parte significativa de su obra a la reflexión sobre el erotismo. Reflexionar es distinto a narrar. En la novela, el cuento y la poesía latinoamericana existe una

erótica inabarcable, multifacética, inagotable. La reflexión sobre el tema es, sin embargo, acotada y en ella se destaca Paz. El texto marca, como lo he dicho, un hito en una reflexión que ocupa un amplio ciclo de la producción intelectual de Paz, que se inicia en 1947 con un poema escrito sobre Sade y que lleva por título *El prisionero* y que concluye, 45 años después, con la publicación de *La llama doble: amor y erotismo* publicada en 1993. Entre estos dos textos se encuentran otros, que dan forma a su reflexión sobre la trilogía: sexualidad, erotismo y amor. Entre estos destacan *Un más allá erótico: Sade*, de 1960 y *Cárceles de la razón* en 1986.

En 1946, Octavio Paz descubre la obra de Sade. Al año siguiente escribe *El prisionero*. En sus palabras un poema "entusiasta". "No te has desvanecido./ Las letras de tu nombre son todavía una cicatriz que no se cierra,/ Un tatuaje de infamia sobre ciertas frentes.../ Tú, que estabas contra todos,/ Eres ahora un nombre, un jefe, una bandera.../ En tu castillo de diamante tu imagen se destroza / Y se rehace, infatigable. En 1994 describió la impresión que le provocó esta lectura: "Lo leí con asombro y horror, con curiosidad y disgusto, con admiración y reconocimiento".

Sade es el prisionero. Veintisiete años en distintas cárceles y manicomios, recuerda Paz en el párrafo inicial de *Cárceles de la razón*, escrito en 1986 y dedicado a analizar la obra del Marqués. También es una metáfora. La prisión o la mazmorra es, casi por definición, el escenario donde ocurren los actos de libertinaje ideados por Sade. Baste recordar cómo se organiza la *Escuela de Libertinaje o los 120 días de Sodoma*.

¿Porqué referirse a Sade cuando se trata del erotismo? Probablemente por la noción de transgresión que yace en la noción de erotismo que se construye en su obra. La transgresión es la substancia del erotismo. La transgresión es la destrucción radical del otro y el acto erótico se construye en transgresión y destrucción, que son actos que están fuera del juicio moral. En último término para Sade será, invariablemente, el ejercicio de una especie de derecho natural, en que la

...el valor supremo no es el futuro sino el presente; el futuro es un tiempo falaz que siempre nos dice «todavía no es hora» y que así nos niega. El futuro no es el tiempo del amor: lo que el hombre quiere de verdad, lo quiere ahora. Aquel que construye la casa de la felicidad futura edifica la cárcel del presente...

O. Paz, *Posdata*, México, Siglo XXI, 1976

Sade es el prisionero. Veintisiete años en distintas cárceles y manicomios, recuerda Paz en el párrafo inicial de *Cárceles de la razón*

"Sí. Ganamos una gran batalla con la derrota que las grandes burocracias comunistas se infligieron a sí mismas. Pero no basta. Creo que es imperativo reiniciar la crítica de nuestras sociedades. La técnica ha achatado los espíritus y envilecido a los corazones. Me niego a aceptar que la producción y el consumo puedan dar sentido a la vida humana".

Octavio Paz

de una especie de derecho natural, en que la naturaleza es la fuente de estos actos humanos y el juez último de sus consecuencias. No está por demás escuchar la reflexión con que cierra las narraciones, reiterativas, agotadoras por reiterativas, de las seiscientas pasiones, de *Escuela de Libertinaje*: "El último término, a nadie le importa, y menos que a nadie a la naturaleza que, al procurarnos unas inclinaciones que no pudo evitar, nos guiáramos por ellas."

En 1960, en su texto *Un más allá erótico*, Octavio Paz comentará: "Con la misma insistencia con que los teólogos recurren a Dios, Sade invoca a la naturaleza: es el motor supremo, la causa de las causas. Una causa que se destruye a sí misma porque todo está en perpetuo cambio... Nada es necesario a la naturaleza, salvo el movimiento."

Pero el ejercicio de este impulso natural tiene en el pensamiento de Sade victimarios locuaces y víctimas silenciosas. Si hay algo recurrente en las obras de Sade, de acuerdo a Paz, es el silencio de las víctimas sobre sus sentimientos y sus deseos - recorro a este término de origen latino que designa a la persona o animal destinado a un sacrificio religioso. En realidad son privados de voluntad y de libertad. Solo superficialmente, Sade deja entrever a las víctimas por dentro su subjetividad. El silencio es su norma. Son sujetos del libertino, están atados a la subjetividad del libertino, son objetos de sus pasiones. Ese sometimiento implica la manifestación de una voluntad y un deseo, negados a las víctimas. Si bien para Sade el libertino debe "someterme al deseo de los otros, por más bárbaro y cruel que sea", entre los libertinos de Sade ninguno sufre algo que no lo haya admitido y aceptado.

El silencio de las víctimas, un silencio reiterado en cada escena, cuya apoteosis son las pasiones criminales y homicidas de *La escuela de libertinaje*, lo que hace a las construcciones de Sade, ante todo opresivas. La crítica contemporánea a Sade no haría hincapié en la sexualidad desenfrenada o en lo que por tanto tiempo se denominó perversiones, sino en que ese desenfreno y esas perversiones no se den en el marco de la mutua aceptación, es decir en el marco del ejercicio de la libertad,

de un sistema de derechos, en el cual la libertad individual se afirma, incluso en la situación extrema en que el involucrado en el juego erótico acepte el papel de víctima y recorra como un acto de la afirmación de su libertad los caminos de la trasgresión, hasta alcanzar las experiencias límites. Es decir, no se de en el marco una relación entre actores.

En *La mesa y el lecho* el poeta y ensayista llama tempranamente, la atención sobre

este hecho a partir del análisis de lo que denominó la revuelta erótica norteamericana de los años sesenta y setenta. Para Paz ese movimiento fue históricamente original en dos sentidos; por un

lado, por su carácter popular y masivo, al respecto dice: "las revueltas eróticas del pasado afectaban casi exclusivamente a las capas superiores de la población... es la primera vez que en Occidente la masa popular participa directamente en una rebelión de esta índole." Por otro, por tratarse de una revuelta impregnada "de moral, pedagogía, buenas intenciones sociales y política progresista." En una revuelta que pone en tela de juicio la noción misma de erotismo y de experiencia erótica tal como una de las tradiciones intelectuales occidentales más importantes en este campo la pensaron, la de Donatien Alphonse François, Marqués de Sade y la de Georges Bataille: el erotismo como transgresión. No está por demás recordar el efecto que sobre el pensamiento del pensador francés Michel Foucault y sobre su vida. Tuvo su contacto, desde 1975, con esta revuelta erótica, en especial con la comunidad gay de San Francisco.

Lo que Paz vislumbró al analizar el movimiento erótico norteamericano de los años setenta es un proceso en que la noción de transgresión es puesta en duda, pues aquello que aparece como fuera de la norma (la homosexualidad, el lesbianismo, las mismas prácticas sadomasoquistas consensuadas) son vindicadas como derechos, poniendo en tela de juicio la ecuación <erotismo> igual <transgresión> y aislando en un extremo la transgresión destructora del otro. Dice: "No se trata de conocer algo que estaba oculto (la parte inferior del cuerpo, el lado oscuro de las pasiones), sino de reconocerlo en el



sentido jurídico de la palabra. Ese reconocimiento - continúa - es una consagración del cuerpo como naturaleza. El reconocimiento alcanza a todas las excepciones, desviaciones y perversiones: son legítimas por ser inclinaciones naturales. No hay excepciones, todo es natural. Es la legitimación de los aspectos prohibidos y secretos del erotismo, algo que habría escandalizado a Bataille". Los rebeldes deben saber - sostiene Paz - que "el erotismo no es sexo natural sino sexo social... su esencia es lo imaginario: el erotismo es una metáfora de la sexualidad... es una representación, una ceremonia de trasfiguración... rito, teatro. Por eso es inseparable de la perversión y la desviación". Sin embargo, Paz equivoca al ver que tal reconocimiento se lo hace en nom-

bre de la naturaleza, el mismo principio en que Sade organiza su discurso, y autoriza el ejercicio ilimitado de las pasiones. No en el marco del reconocimiento de un ciudadano/individuo que es ante todo dueño de su cuerpo y puede ejercer libremente sus pasiones con excepciones, por cierto, de las pasiones criminales, el asesinato, que implica la negación radical del otro, de la violencia autoritaria sobre el otro, que es la sustancia de la transgresión destructora. Escindir la transgresión entre una transgresión aceptada, ya no por el sujeto sino por los actores de la transgresión, de la transgresión autoritaria que fue el gran aporte de este movimiento. Paz es pesimista: "La consecuencia final de la rebelión erótica sería la desaparición del erotismo y de lo que ha sido su expresión más alta y revolucionaria: la idea del amor..." Su pesimismo parte de la constatación que el mercado: "la industria", dice Paz, terminan por convertir al erotismo en un negocio, en tanto que la política lo transforma "en una opinión". Efectivamente esto sucedió, pero la muerte de la idea y de la experiencia del amor, propia de occidente, enraizada en la de individuo y en la de libertad, esta asociada con la decadencia de la idea de hombre, imagen y semejanza de Dios, sobre la que se basó toda la modernidad. Toda revolución tiene

su Termidor, de la revolución erótica es el mercado, por que le quitó el carácter de ritual. No por otra razón.

La ecuación <transgresión y erotismo>, es sin duda clave. En este aspecto el pensamiento de Octavio Paz experimentó un fuerte cambio. En sus primeros escritos la esencia

del erotismo es la violencia transgresora. En 1960, en el artículo sobre Sade se pregunta: "¿Podemos crear un mundo en el que el erotismo deje de ser agresivo o autodestructivo?" "¿Es posible, viable, imaginable siquiera, una sociedad sin prohibiciones y represiones?" Vuelve a preguntarse en *La mesa y el lecho*. Repite los argumentos del artículo de 1960 y concluye que la esencia del erotismo es la violencia transgresora

más se evidencia ya en sus escritos el intento de replantear esta relación. Distanciándose de Bataille dirá: "... el erotismo no es sólo transgresión, sino representación. Violencia y ceremonia: caras opuestas y complementarias del erotismo". Al introducir el componente del ceremonial y del rito Paz puede afirmar que la transgresión es tan solo uno de los polos del erotismo. Cuando en 1986 vuelve a tratar la relación entre erotismo y transgresión, transcribe una conversación con Bataille, que además de crear literatura erótica, entre la que destacan *Madame Edwanda*, *Historia del Ojo*, *El abad C*, reflexionó sobre el tema. Para Bataille "el erotismo es inseparable de la violencia y la transgresión; mejor dicho, el erotismo es una infracción y si desapareciesen las infracciones, él también desaparecería. Y con él, los hombres tal como los hemos conocido desde el paleolítico." Octavio Paz discrepa y profundiza el argumento que había expuesto en 1971: "El erotismo es algo más que violencias y laceraciones... el erotismo pertenece al dominio de lo imaginario, como la fiesta, la representación, el rito... Precisamente por ser un ritual colinda en alguna de sus dimensiones con la violencia y la transgresión. En casi todos los rituales aparece, real o simbólico, el sacrificio."

Lo que Paz vislumbró al analizar el movimiento erótico norteamericano de los años 60, fue un proceso en que la noción de transgresión es puesta en duda

Es desde este replanteamiento de la relación erotismo/transgresión en la que introduce el aspecto ritual del erotismo - "nuestro tiempo padece hambre y sed de fiestas y ritos" afirma - que formula sus críticas a Sade, a su radicalismo monomaniaco, a su negación del amor, a su postulado que la única realidad es la del placer que aniquila todo. A manera de conclusión de una reflexión iniciada cuarenta años antes afirma: "Su razón no nos libera sino para encerrarnos en mazmorras que no son menos horribles que las de los moralistas, los pedagogos y los tiranos. Y no menos aburridas... Sade no exalta a la libertad sino para esclavizar mejor a los otros." Esto lleva a que el lector latinoamericano de las 300 pasiones criminales y homicidas descritas en *Escuela de Libertinaje*, no puede dejar de recordar los testimonios de los que experimentaron el horror en los centros de tortura de las dictaduras militares del cono Sur. Cada descripción de un torturado tiene el eco de una de las pasiones criminales y homicidas descritas por Sade y viceversa. No quiero decir que Sade fue su inspiración, sin embargo en cuanto actos, son de la misma naturaleza. El fin último de la tortura no era el placer de unos libertinos, pero en la sala de torturas se recreaba la relación entre víctima y victimario, la lógica de la transgresión destructora del otro.

En *La llama doble*, última obra dedicada al tema, las referencias a Sade son marginales y toda la fuerza reflexiva la dirige a vindicar la noción de amor, un descubrimiento de Occidente. Pero el debate sobre la relación entre erotismo y transgresión no concluye con su inclusión de la ceremonia y el rito. El erotismo es algo más: una vía para trascender, como lo es la experiencia mística en que es posible liberarse del Yo. Y en esto, la intuición poética de Paz lo condujo a plantear un tema en que Bataille también incursionó y que sólo después fue ampliamente tratado por Foucault en las postrimerías de su vida.

En 1956, en el prefacio a su novela *Madame Edwarda*, Bataille expone sus puntos de vista filosóficos sobre el erotismo al que califica como "la conciencia de un desgarramiento". Experiencia religiosa o por lo menos mística, en que el aspecto central es la destrucción del yo. Bataille afirma: "Solo llegamos al éxtasis en la perspectiva, aunque lejana, de la muerte, de lo que nos destruye". Destrucción del yo. El pensamiento de Occidente lo asoció con la muerte. Oriente y en especial el budismo lo transformó en el camino de la auténtica libertad, de la vacuidad, como también lo hicieron los místicos y ascetas cristianos. Para Bataille "el placer sería despreciable sino fuese esa superación aterradora, que no es

tan solo propia del éxtasis sexual y que los místicos de distintas religiones y en particular los cristianos, también conocieron."

El poema inicial en que plasmó en metáforas la inquietante imagen de Sade, Octavio Paz concluía diciendo: "En tu castillo de diamante tu imagen se destroza / Y se rehace, infatigable". El erotismo de Sade no lo libera, sino que lo encierra. El "Yo" permanece. En ese sentido Sade es una metáfora inconclu-

sa. Vía equívoca, cerrada. Las palabras finales del narrador de *Madame Edwarda* expresan mejor que ninguna el fracaso del erotismo en la vía de la trascendencia: El resto es ironía, larga espera de la muerte... El Yo permanece. No se trata de destruir al otro, sino de destruirse uno mismo, de trascenderse, volver al espíritu de las grandes religiones, al vacío. Como lo intuyó Paz, el libertino de Sade, busca la destrucción del otro, pero depende de su reconocimiento no puede tolerar la desaparición de la conciencia de la víctima, a pesar de que carezca de voz, que su estado sea el silencio. Pero el libertino contemporáneo lo puede lograr. De allí que no pueda alcanzar su ideal "... una moral que neutralice los contrarios, quieta en el movimiento, insensible en la sensación... la búsqueda de un estado más allá de las sensaciones." La transgresión destructora no debe canalizarse a la destrucción del otro, sino hacia la des-

El debate sobre la relación entre el erotismo y transgresión no concluye con la inclusión de la ceremonia y el rito. El erotismo es algo más: una vía para trascender

"El yo es la gran idolatría de los hombres modernos; el budismo fue, para mí, una crítica del yo y de la realidad. Esta crítica es radical y, sin embargo, no termina en negación sino en aceptación".

Octavio Paz

trucción/superación/renuncia de yo, del uno mismo, que no es otro que el antiguo ideal del budismo. Paz así lo intuyó tempranamente en 1960 en un texto que tiene la riqueza de los textos sagrados y que solo podía ser obra de un poeta: "El erotismo es la experiencia de la vida plena puesto que se nos aparece como un todo palpable y en el que penetramos también como una totalidad; al mismo tiempo es

la vida vacía, que se mira así misma, que se representa... es algo más, más que la historia, más que el sexo, más que la vida, más que la muerte." Luego lo reafirmó en *La llama doble*, boceto de una historia del amor que, como lo decía en 1971, "está todavía por hacerse": el erotismo "... es ante todo y sobre todo sed de otredad. Y lo sobrenatural es la radical y suprema otredad."

¿QUIEN LE TEME A OCTAVIO PAZ?

Por *María Luisa Martínez Martínez*

"Inmóvil en la luz pero danzante".

¿Cuántos y quiénes leen libros de poemas? Esta, al modo de ver de Octavio Paz, debería de ser la pregunta que abriera toda reflexión sobre poesía, aunque yo preferiría preguntar: ¿cuántos y quiénes roban libros de poemas? Basta ir a cualquier librería para darse cuenta de que la zona que ocupa este género literario en las estanterías es reducida, y que los personajes que se pasean delante de ella en su mayoría son escritores y, más aún, poetas. Ellos son los únicos interesados, no sólo en leerlos sino en robarlos. Este tipo de delincuentes de las letras están condenados a temer a Octavio Paz y a padecer la angustia que provoca su influencia.

La tradición no es sólo un proceso de entrega o de transmisión de un saber; es una guerra que se instaura entre el genio anterior y el futuro aspirante, que no sólo exige la derrota del adversario sino que implica dominar sobre los hijos del vencido. Paz a lo largo de su vida literaria demuestra que es un buen contendiente. Su bitácora de campaña permite ver como el joven poeta que nace a la sombra del Grupo sin grupo de Contemporáneos, en la revista *Taller* y con *Luna silvestre* (1933) bajo el brazo; para el 51 con *¿Águila o sol?* es ya un personaje leído. Más tarde, en el 57 y con *Piedra de sol* enclavado en lo más hondo de la nueva generación, logra congregar temáticas



que necesitan ser enunciadas en ese preciso momento de la poesía en que se mezclan épocas, en que surge un desprecio por los convencionalismos, en el que se da una urgencia por reescribir la historia, la modernidad y la experimentación espiritual y corporal. Pero el recorrido continúa y ya en el año 66, con *Blanco al lado*, este joven se ha transformado en algo más que un escritor leído. Es el escritor que se busca en

los aparadores porque se sabe que cada nueva producción garantiza no sólo ser algo valioso en sí mismo sino que se prefigura como un nuevo reto a vencer, porque cada nueva experiencia de este poeta supondrá que tras ella no pueda, en alguna medida, seguir escribiéndose del mismo modo.

La aparición de *Pasado en claro*, terminado a fines del 74 y publicado en el 75, convierte a Paz en un escritor consolidado y colocado en el epicentro de la polémica literaria mundial y nacional. En el caso de la segunda se convierte en el parteaguas entre la generación anterior y los nuevos intentos literarios; él señala la ruta sobre la que se debe escribir y nos enseña como hablar de nuestros muertos. En este libro en especial logra conjugar sus experiencias más personales y sus obsesiones literarias: el hombre ante sí mismo, la experiencia del tiempo y del ser, el poema como cuerpo y el cuerpo como poema, el carácter intercambiable de los sentidos, la transfiguración

"La literatura moderna comienza en ese momento en que Don Quijote se frota los ojos y duda: no sabe si los gigantes con los que ha combatido fueron gigantes o molinos de viento. La realidad deja de ser lo que vemos y tocamos para convertirse en la proyección de nuestras obsesiones".

O. Paz, *"Pequeña crónica de grandes días"*, México, FCE, 1990

de las palabras y la letra impresa, el poema como museo de la memoria que congrega personajes y lecturas. En el 87 aparece *Árbol adentro*, último volumen de poesía en el que continúa y consolida su viaje personal y literario ya como el poeta que tiene un tiempo y un lugar propios, aquel que ha logrado la originalidad, el equilibrio entre la herencia y la angustia de las influencias. Con respecto a esto, como dice Harold Bloom, los grandes escritores no eligen a sus precursores fundamentales; son elegidos por ellos; pero poseen la inteligencia de transformar a sus antecesores en seres compuestos y, por tanto, parcialmente imaginarios. Paz ha sido uno de los más grandes antropófagos de la cultura occidental y, por qué no decirlo, de la oriental también. Tratar de hacer un recuento de los grandes banquetes que ha degustado y de las angustias que esas influencias le han provocado

sería imposible, pero me gustaría evocar la de John Keats y la situación del poeta como alguien que, lisa y simplemente, no tiene una identidad porque, en justicia, puede tenerlas todas. Esto se refleja en la poesía de Paz, al cuestionarse sobre el yo lírico, en su afán por poner en duda la realidad como referente y el texto. Así, la labor de Paz se convierte en un *trovar*, en el sentido etimológico de encontrar, es decir, de enviar al poema a un territorio más amplio, simbólico, se diría, una devolución del poema a un estatuto y a un orden mayores cuyas reglas apenas atisba el ser humano y así liberarlo de las angustias dejándolo gozar exclusivamente de las influencias. Ahora, gracias a dios, Paz descansa, pero el temor que provoca su influencia perdurará sobre los hijos de los vencidos. ¿Quién le teme a Paz? Los hijos que aún creemos en la poesía canónica.